

Motu Proprio

por Victoria Ocampo

Señores

Los felicito, a ustedes primero, miembros de la Academia Argentina de Letras, después a nosotras, por la resolución que han tomado de incluir a la mujer entre sus colegas. Los felicito a ustedes primero porque motu proprio han vencido un prejuicio, y eso exige siempre un esfuerzo. Digo motu proprio, porque si bien nosotras hemos hecho campañas para el voto y otros derechos que no compartimos con ustedes, no he oído hablar de campañas, aquí, para entrar en la Academia. De modo que no han cedido ustedes a ninguna presión. Dentro de cuanto significa la academia para la cultura del país, éste es un hecho histórico. Demuestra un sentido de la justicia, en esta institución, de que otras similares no han dado prueba. Francia, que hubiera tenido la fortuna de poder abrir sus puertas a una escritora, maestra en el manejo del idioma, Colette, no lo hizo. De modo que ustedes han dado el paso que no dio aún la nación símbolo de refinamiento en letras y artes.

El honor que recibo hoy me ha caído en suerte por carambola, sospecho: se confunde la acumula-

ción de años con el decanato. Esta superstición tiende a desaparecer en un mundo acaparado por la juventud. Por consiguiente, una nueva superstición reemplazará a la antigua durante un tiempo. En el caso mío, funcionó todavía la antigua.

Tal vez influyera también para este nombramiento el carácter longevo de la revista SUR, fundada unos meses antes que la Academia. Cuarenta y seis años es mucho para una revista y poco para una Academia. La de Richelieu data de 1635.

La prolongación anormal, de una revista puramente literaria atestigua una dosis masiva de terquedad. No sé si es virtud o vicio, pero de esa parte de la obra soy responsable. Señalemos también algo que yo sé mejor que nadie: la revista es tanto mía como de todos aquellos que, en mayor o menor grado, trabajaron en ella y posibilitaron su supervivencia. Por consiguiente, la recompensa que hoy recibo es exagerada en lo que me concierne.

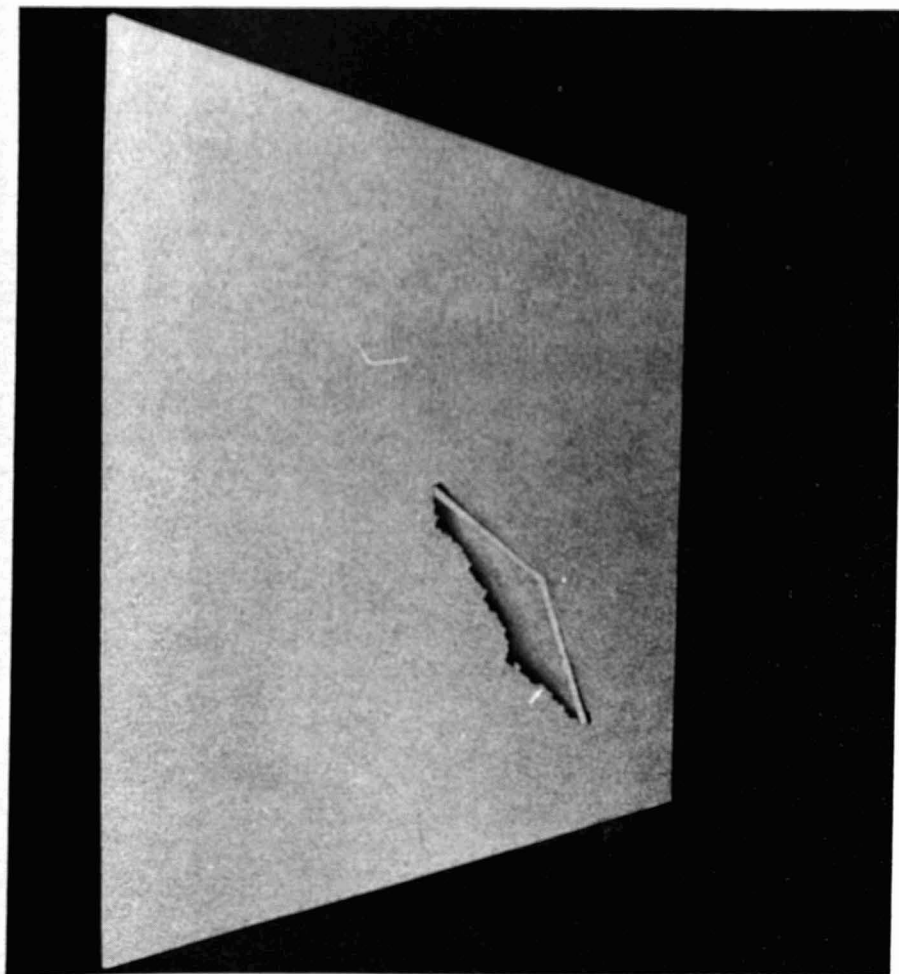
Otro motivo se agrega a lo enumerado para quitarme méritos: cuanto he hecho en la revista y la editorial lo he hecho por gusto, no por eso que mis amigos filósofos llamarían un imperativo categórico.

No se figuren ustedes que este exordio se debe a una exhibición de falsa modestia. Nunca he echado mano de esa táctica barata. Tengo conciencia de mis dotes como la tengo de mis fallas.

Volviendo a lo que más importa en este acontecimiento, la posibilidad de participación, en la Academia, de mujeres aptas para esos quehaceres, algunos de mis actuales colegas recordarán que hace varios años me invitaron a formar parte de la institución. Rehusé. Rehusé por juzgarme poco adecuada a estas actividades, como rehusé a la embajada, que me ofreció Bonifacio del Carril. No tengo pasta de académica ni de diplomática. Soy una autodidacta, franco-tiradora en el terreno de las letras. Estas características provienen de haber nacido en las postrimerías de la época victoriana. Era un handicap tremendo para la mujer.

¿Por qué, entonces, dirán ustedes, he aceptado lo que no acepté hace unos años? Porque me convencieron que mi negativa podía bloquearles, momentáneamente, la entrada a la Academia a quienes considero aptas para el cargo. ¿Por qué, volverán a insistir, me imagino yo que puedo bloquear la entrada? Por lo ya mencionado: supersticiones.

La penúltima vez que vi a Malraux, llegué a Verrières-le-Buisson con una misión cuyo fracaso descontaba. Tres académicos me habían encargado que tratara de convencer a mi amigo de que entrara en la Academia. Yo conocía al autor de *La Condition humaine* y sus respetables manías. No me hacía ilusiones. Cuando hube agotado todos los argumentos, él me miró, irónico, y me dijo: "Me asombra que gaste usted tanta elocuencia para persuadirme de que acepte algo que usted, en su país, no aceptó". Le contesté que había variado de parecer, por las razones que acabo de darles. Replicó: "Son



razones valederas. Pero yo no tengo ni una". No insistí. Así terminó mi misión diplomática en Verrières-le-Buisson.

Espero haber aclarado cuanto atañe a mi entrada en esta Academia. Pongamos punto final a esta parte de mi corta exposición.

Siendo yo joven, un amigo puso en mis manos una obra de Alberdi. Se empeñaba en hacerme leer a mis compatriotas de talento. Yo era reacia a la lectura en español y lo fui, hasta la llegada de Ortega y Gasset. Estaba engolfada en la literatura francesa e inglesa, que fueron un poco nuestro griego y nuestro latín. No me avergüenza declarar que sigo viviendo con ellas.

El amigo que menciono no era escritor sino lector inteligente y sensible. Trató y consiguió crear, para mí, una atmósfera propicia al desarrollo de aficiones que se adelantó en llamar vocación. Sin su entusiasmo y el ánimo que me dio hubiese perdido, en un medio adverso y, en el mejor de los casos, indiferente, más tiempo del que perdí. Del suelo que las nutre depende el crecimiento de las plantas, no sólo de ellas mismas. Nadie ignora esta ley. Aprovecho la ocasión para advertirles que abundan en mis escritos, verdades de este calibre. Courteline las llamaba burlonamente "des vérités premières". Nunca me propuse sorprender, siempre explicar, porque es la mejor manera de analizar las cosas para uno mismo. Y soy una eterna alumna.

Sobre este particular (la manía de explicar) tomaré como ejemplo una de mis primeras aventuras en el mundo de las letras (anécdota ya contada). Se aproxima el sexto centenario de la muerte de Dante. Yo había iniciado mis colaboraciones en La Nación con un artículo sobre el Canto XV del *Purgatorio*. Me pidieron otro comentario. Pero yo ya estaba lanzada en algo más ambicioso que un breve escrito adecuado a un diario. Me atreví a trepar por la escalera empinada y glacial de la Biblioteca Nacional para llevarle algunas páginas del mamotreto al talentoso Cancerbero de esa fortaleza. Imprudente ocurrencia. Groussac se equivocó, no en su certero juicio de crítico erudito, sino respecto a mis propósitos y ansias. Me escribió una carta que conservo junto con una posterior y compensatoria, después de oírme en *El rey David*. Eso sí fue de su agrado. En la primera carta afirmaba que demasiado se había ya comentado *La divina comedia*. De no aportar un dato inédito o un enfoque original, más valía dejarla en paz. Me aplicó un sinapismo cuyas virtudes revulsivas le parecieron necesarias: echó mano de la palabra "pédantesque" en francés, con sus resonancias satíricas. Me aconsejó que escribiese sobre un tema más a mi alcance, más personal.

En aquel momento no tuve presente su acerba crítica al Sarmiento de Rodin que, salvando las distancias, me hubiese reconfortado. Yo era una inexperta principiante y no tenía el derecho de replicar, como lo hizo el escultor francés: "Yo lo

veo así". Quedé anonadada. ¿Algo personal? Este hombre no se daba cuenta de que nada era más personal para mí, en ese momento, que *La divina comedia*. Formaba parte de mi autoeducación.

Poco faltó para que tirara al canasto las notas acumuladas durante meses de lectura. Por suerte, el amigo, que no era escritor, supo devolverme la calma cuando se enteró del contenido de la carta. Tengo presentes sus palabras: "¿De cuando acá te acobardás porque un señor que sabe mucho, pero que no te sabe a vos, dictamina que no has de escribir sobre un poeta que te atrae? A las primeras de cambio te das por vencida. Así no llegarás a nada. Te desconozco. ¿Qué te importa que califiquen de pedantería lo que no lo es?"

En efecto, me constaba que mi comentario de *La divina comedia*, bueno o malo, no guardaba la menor relación con la pedantería. En ese sentido fallaba el diagnóstico de Groussac. Yo me asomaba con fervor al mundo que un *temperamento* afín al mío (subrayo temperamento) descubría en las hondanadas de su ser. También yo estaba perdida en la selva. En Dante había encontrado lo que exigía mi equilibrio: un poeta preocupado por las leyes y el significado de la vida; en otras palabras un poeta filósofo.

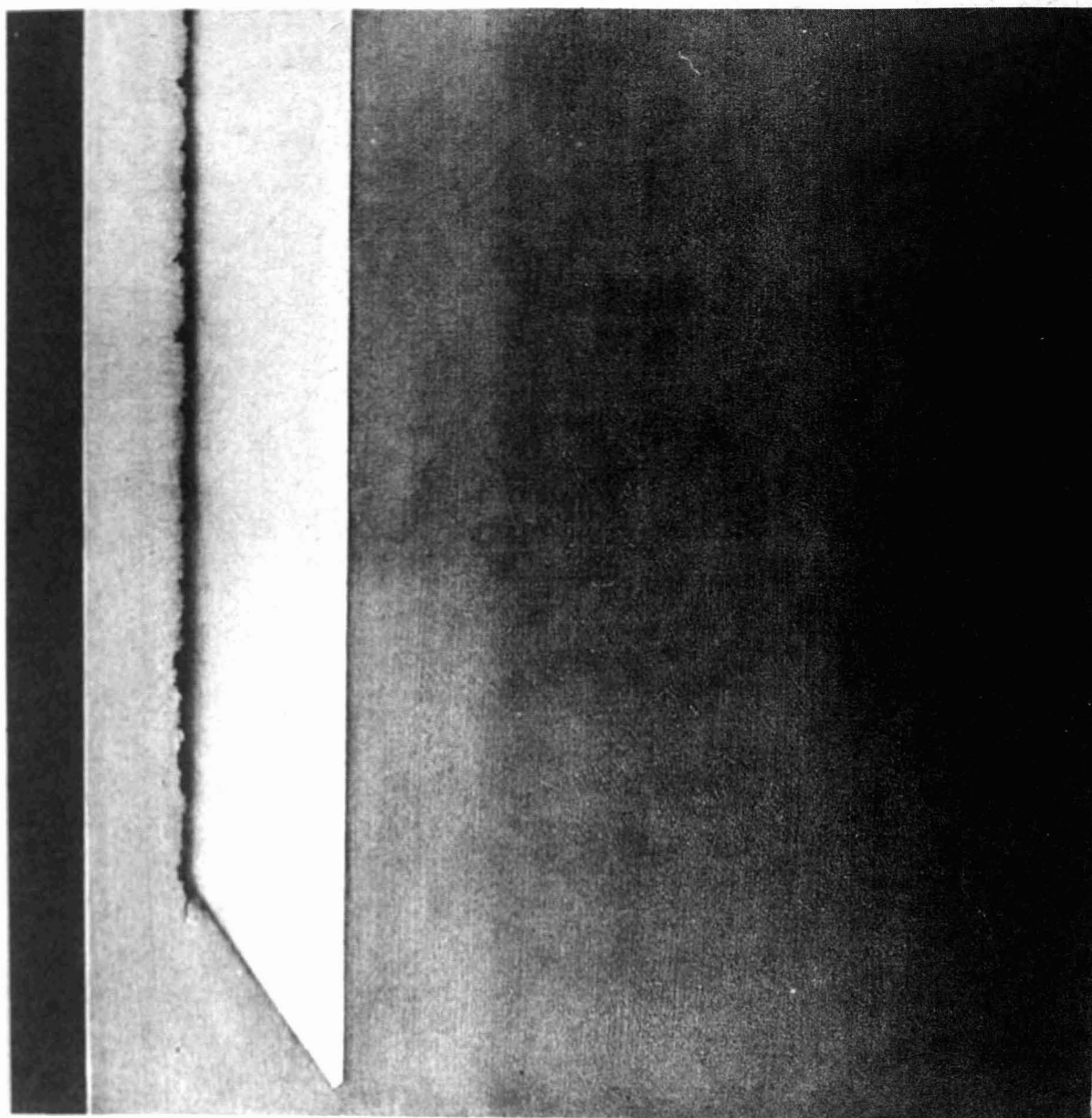
Groussac era un gran prosista, pero sin la clarividencia que demandaba un caso situado, como el mío, fuera ya de las fronteras de la literatura propiamente dicha; en una zona espiritual ligada sin embargo con la expresión del genio poético. Hudson observó que "Darwin... no poseía al parecer esa virtud de leer en los hombres con la milagrosa inteligencia que aplicó a sus investigaciones" de otro orden. El caso de Groussac era parecido y le daba a su honestidad intelectual un filo hiriente.

La divina comedia, de acuerdo con T.S. Eliot, es una escala completa de los abismos y cimas de las emociones humanas. Esto intuía yo y a eso iba derecho. ¿Qué tendría que ver con la pedantería?

El encuentro de Dante con Cacciaguida, en el cielo de Marte, y lo que allí se dice sobre "il coraggio della verità" es un pasaje del poema que puede quedar grabado en una joven lectora, si lo descubre en el momento oportuno:

...Tutta tua vision fa' manifesta;
E lascia pur grattar dov'è la rognà!
Chè, se la voce tua sarà molesta
Nel primo gusto, vital nutrimento
Lascerà poi, quando sarà digesta.

Sin prolongar la enumeración de recuerdos, comprenderán ustedes lo que para mí representa llegar a la Academia al amparo de Alberdi, como si siguiera un camino trazado desde siempre para mis pasos. No es extraño que tenga muy presentes a quienes tuvieron confianza en mí, como aquella tía abuela, amiga e hija de un amigo de Sarmiento. Se empeñó



en hacerme estudiar, en mi niñez y adolescencia, sobre todo idiomas, pensando que por mi afición a la lectura me darían la llave de secretos maravillosos. Puso en mis manos esas llaves.

En su discurso de recepción en la Academia Francesa dijo Roger Caillois: "...no ignoran ustedes que llego de más lejos que lo habitual y que he debido hacer un recorrido anormalmente largo..." Otro tanto, y con mayor razón, podría declarar yo.

Para estas palabras que son de rigor, en circunstancias como la presente, permítanme ustedes que siga el consejo de Groussac: "hable de su vida". Sigo también el rastro de un autor al que Saenz Hayes, distinguido miembro de esta Academia, consagró un largo estudio: Montaigne. Lo cierto es que no conozco *por dentro* ninguna materia fuera de la que usaba ese ensayista: "Je suis moi même la matière de mon livre". Me aparto así de lo que ha de ser un discurso clásico de recepción académica. Pero ustedes al recibirme, al recibir a una mujer, se han apartado igualmente de las normas.

Hasta hace poco, escribía Virginia Woolf, las

estudiantes no podían pisar ni el césped de las grandes Universidades Inglesas reservadas a los estudiantes. Esto dará una idea del trayecto recorrido por una mujer un poco menor que Virginia para llegar al sillón de Alberdi, en 1977. A ella le dediqué, en 1934, el primer tomo de *TESTIMONIOS*, publicado por la Revista de Occidente. Ella me animó a escribir, aunque sin saber a ciencia cierta a quién le aconsejaba tan delicada tarea. No leía en español. Pero deseaba que las mujeres se expresaran en cualquier idioma, en cualquier país, sobre cualquier tema, por trivial o por vasto que pareciese. En mi dedicatoria le decía yo: "Usted da gran importancia a que las mujeres se expresen *por escrito*. Las anima a que escriban *toda clase de libros, sin vacilar ante ningún tema*... Piensa usted que los libros de los hombres no nos informan sino imperfectamente sobre ellos mismos. En la parte posterior de nuestra cabeza, dice usted, hay un punto del tamaño de un chelín que no alcanzamos a ver con nuestros propios ojos. Cada sexo debe encargarse de describir, para provecho del otro, ese



Victoria Ocampo

punto. Convendría, pues, que no nos mostráramos ingratas y les pagáramos con la misma moneda”.

No retroceder ante ningún tema, por trivial o vasto que pareciese, era exactamente lo que yo creí que debíamos intentar. En 1924, Ortega y Gasset publicó mi primer *intento*. No olvidaré nunca cómo me tendió la mano.

Volviendo a Virginia, con nadie me entendí mejor que con ella sobre el lugar que había de ocupar la mujer en las letras. Ella lo alcanzó. Y hoy, en que tanto se la estudia, nadie duda de esa hazaña. Me reconforta tanto su triunfo como el de Emily Brontë, perdida en los *moors* de Yorkshire y que nunca supo la suerte que correrían sus dos libros. No fue de las que disfrutó del reconocimiento público en vida. Esto no es lo esencial. Cuando los seres humanos son realmente personas, el reconocimiento o el desconocimiento no los cambia. A Gabriela Mistral, nacida en el Valle de Elqui, con cincuenta por ciento de sangre india, no la cambió el premio Nobel. Esta chilena, maestra de escuela en su juventud, es una de las figuras más misteriosas, atractivas, caprichosas y nobles que he conocido. Llegó donde llegó por mérito propio. La nombro, hoy, porque representaba a América de una manera particular y exaltada, que pocos han alcanzado. Pasó en mi casa, en 1938, toda su estadía en Argentina, y al cabo de algunos días me escribía (nos escribíamos de cuarto a cuarto): “Usted me ha hecho mucho bien; yo necesitaba saber, *saber* (repito) que el blanco completo puede ser americano genuino. No puede usted entender cabalmente lo que esto significa para mí.” Y después agrega: “Ha sido descomunal mi sorpresa de hallarla a usted tan criolla como yo”. Llevé a Gabriela a varias Estancias cerca de Mar del Plata, durante aquel otoño, y juntas mirábamos plantas, piedras, pastos. En Balcarce le mostré los curros, arbustos espinosos cargados, en marzo, de florecitas blancas que huelen a vainilla. El curro es considerado plaga nacional; sin embargo me gusta tanto que cuando florece le hago siempre una visita. Me escribió Gabriela después de su partida: “La sigo viviendo con las piedras, los pastos y los animalitos de nuestra América. Podría usted no ser ni noble, ni superior; lo mismo la viviría. . . ¿Se acuerda usted de aquel arbusto tremendo que había en aquella Estancia adonde me llevó y del que usted hizo cortar unos gajos? Veo esa geometría en espinas, ese mírame y no me toques, esa ametralladora de silencio. . . Así pudiese ser usted [y así era yo a veces], que yo me la pensaría lo mismo. Porque esa planta, desconcertante también, es verídica y lo que más ata a usted es su veracidad. Su cultura, etc. me la pueden dar. . . otros en Europa; su verdad y su violencia vital no me la da nadie. Es el estilo americano más de intemperie que sea dable”. Sé que ella lo pensaba. Es la única carta de recomendación que quiero ofrecerles.

Después de muerta Gabriela, descubrí algo que

hubiese aumentado su descomunal sorpresa. Yo solía acusarla medio en broma, medio en serio, de ser racista. Tenía pasión por los *inditos* (así los llamaba) y se sentía parte de ellos. Descubrí, pues, que por vía materna descende de Irala, compañero de Mendoza, y de una india guaraní, Agueda. Este español y esta americana tuvieron una hija, que su padre reconoció. Dados mis “prejuicios” feministas simpatizo más con Agueda que con quien podía tratar de igual a igual al primer fundador de Buenos Aires. Este no es un desplante demagógico. Ignoro la demagogia como la pedantería. Pero en mi calidad de mujer, es para mí un desquite y un lujo poder invitar a esta recepción de la Academia a mi antepasada guaraní y sentarla entre la inglesa y la chilena. No porque mereciera como las otras entrar en cualquier Academia de Letras, sino porque a mi vez yo *reconozco* a Agueda.

Esto no tiene que ver con la literatura, me dirán. No. Tiene que ver quizá con la justicia inmanente y quizá con la poesía. Así lo hubiese imaginado la fantasía de Virginia. Así lo hubiese entendido la pasión de Gabriela que escribió en su *Saudades*

En la tierra seremos reinas,
y de verídico reinar. . .

Para este verídico reinar harán falta nociones ignoradas por Agueda. Y también, con seguridad, por el conquistador español. El verídico reinar nacerá de una larga paciencia. Y mi deseo más ferviente es que jamás acepte una mujer un cargo para el que no esté preparada y que no coincida con sus aptitudes personales auténticas. Por eso insisto en dejar sentado que mi presencia aquí nace de una ansia de quitar cerrojos, nada más. A eso responden también estas explicaciones reiteradas. Si se es reina, hay que serlo de un verídico reinar.

Ahora me he confesado ante ustedes. Es lo único que me parece adecuado en la circunstancia. Traigo conmigo a este lugar a tres mujeres porque les debo algo que ha contado en mi vida. A una, parte de mi existir; a las otras, en parte, el no haberme contentado con existir. El primer asombrado de todo esto, si pudiera vernos, sería Domingo Martínez de Irala.

En una petición enviada al Conquistador desde Asunción, en 1556, por un tal Bartolomé García, piloto, dice así: “Muy magnífico señor: esta es para traer a la [vuestra] memoria de lo que estas tierras he trabajado y servido. . .” También habré trabajado y servido, piloto de otro navegar, en estos parajes no siempre apacibles. Han hecho falta cuatro siglos y medio, desde Irala, para que me permitieran, para que nos permitieran a nosotras pisar el césped de las universidades.

Ustedes, queridos colegas, lo saben. Y saben que en el universo entero se están produciendo cambios. Se amoldan a un ajuste impostergable que nos beneficiará tanto a ustedes como a nosotras.